

“Laureles de gloria”

Ilmo. Sr. DON ANFILOQUIO GONZALEZ GARCIA

Brigada de Infantería

Tu nombre ha de vivir eternamente como enseña marcial, y tu memoria dará esplendor a nuestra hidalga historia, logrando enaltecer nuestro presente.

Por CAMOSA

(Del Servicio Histórico Militar)

Había nacido en el Condado de Treviño (Burgos), tierra de historia y de leyenda, cuna de caudillos, héroes y conquistadores. Paisano del «de Vivar» y el «Empecinado», lo que le hacía hervir en sus venas sangre de los hidalgos castellanos, desde muy niño siempre oyó hablar de batallas, por haberse dado en aquellas tierras la célebre de su nombre en el pasado siglo, por el año 1875, y en nuestras guerras civiles la famosa acción en la que el General Quesada infligiera gran derrota a las tropas de Perula, quien se vió obligado a retirarse, dejando a Quesada paso libre hacia Vitoria.

Como buen castellano, Anfiloquio había sido engendrado en un medio ambiente guerrero y se disponía a ser soldado, mas no pensaba ser un soldado vulgar, sino un soldado lleno de historia y gloria, fiel ejemplo, continuador de la historia militar que le legaran sus antepasados. Para ello ingresó en el Ejército, donde eligió un Cuerpo también lleno de gloria (el de San Marcial n.º 22, apodado «El Vengador»).

No llevaba aun dos años Anfiloquio en filas, cuando se inició nuestra gloriosa Cruzada de Liberación Nacional, la cual le tenía reservado uno de los papeles más interesantes de la misma: el ser vivo ejemplo de soldado..., y así lo fué.

Le llamó el clarín de la Patria a toque de «general» cuando disfrutaba un permiso de verano en la aldea, y éste, abandonándolo todo, co-



rrió presuroso a formar en las filas del «Vengador», que reunía a sus hombres con pertrechos de combate.

Latían los pechos generosos con ansias de redención de los pueblos que la bestia marxista hollaba, mancillando el dogma de Patria y Fe, y los burgaleses (entre ellos nuestro héroe) acudían presurosos, igual que el Cid en otros tiempos, a salvar la Patria con la fe puesta en su Dios.

A su cuello llevaba Anfiloquio colgada la medalla de la Virgen que su madre le colocara, y prendido en su guerrera el «detente» del Corazón de Jesús que había de fortalecer su indómito espíritu de guerrero joven. Todo era optimismo y fe, que más tarde había de confundirse en el parapeto y la trinchera, entre las plegarias, las canciones regionales y los himnos de guerra, con los recuerdos de la aldea, narrados por cada uno de los compañeros de armas. Allí se hablaba de los amores de la madre, de la novia y de la hermana, amores que se defendían en la trinchera, donde por ellos se luchaba. Tú también los recuerdas ahora..., Sargento X, ¿verdad...? Mas lo que tal vez no recuerdes es la gesta de Anfiloquio. La Prensa nacional la reflejó en sus diversas publicaciones, las emisoras de radio la lanzaron al espacio, a través de sus ondas; algunos escritores la ensalzaron como gesta de héroes y hasta los juglares, en sus coplas, la llevaron de villa en aldea.

Era la primera quincena de mayo de 1937. Nuestras tropas avanzaban victoriosas camino del «cinturón de hierro de Bilbao» (famosa fortificación marxista de nuestra Cruzada), y entre aquellas fuerzas, en las del Regimiento de Infantería San Marcial n.º 22, mandando un pelotón de la 2.ª Sección de su Compañía, iba el Cabo Anfiloquio González García, quien por falta de mandos subalternos se hallaba habilitado para Sargento.

En la posición del monte Bizcargui, Anfiloquio era el alma de sus muchachos, quienes veían en su jefe un verdadero padre; allí todos se conocían a la perfección y en todas las cartas a sus familiares se hacía sentir el verdadero afecto que profesaban a su Sargento.

Del otro lado, el enemigo acechaba la posición donde aquella pequeña guarnición, como tantas otras en las crestas del monte, defendía el buen nombre de España.

Constantemente eran atacadas todas estas posiciones en un continuo guerrear por la posesión del terreno. Las fuerzas nacionales iban cada día apretando más su cerco sobre Bilbao, cuya caída era ya inminente, y entonces el «mando rojo» intensificó sus contraataques contra las posiciones perdidas en el Bizcargui, contraataques en los que día tras día Anfiloquio sufrió el constante bombardeo de la artillería enemiga. «Este monte —dice el gran historiador militar don Luis María de Logendio— y la famosa cota 333 fueron durante diez días teatro de los más impresionantes contraataques enemigos que yo creo se han visto durante toda la guerra.» Los contraataques se sucedían sin interrupción y eran rechazados por un puñado de valientes, de entre los que sobresalía la figura del Sargento González, que en todo momento no fué otro sino el modelo fiel del jefe que está espiritualmente compenetrado con su

pequeña hueste... Porque Anfiloquio ocupa el puesto del que cae herido, corre al lugar de mayor peligro y anima a sus muchachos con una serenidad tan ilimitada y un valor tan extraordinario, que a pesar de la gran cantidad de bajas que se producen en su gente, prosigue la defensa con una sangre fría tan digna de admiración, que consigue inculcar en los suyos un valor ilimitado, hasta lograr el máximo rendimiento de cada individuo en el combate. Nada le importan el silbar de las balas y el horrible estruendo de las granadas enemigas, porque sabe rechazar al enemigo con granadas de mano y fuego de fusilería, haciéndole retroceder tantas veces intenta asaltar sus parapetos.

Era el día 15 de mayo, día memorable para Anfiloquio por ser el de su segundo aniversario de ingreso en el Ejército. En este día, el enemigo arreció con mayor fuerza en su intento de apoderarse de la posición, la cual, de antemano, la artillería trataba de arrasar. De entre los innumerales proyectiles enemigos, uno alcanza a nuestro héroe y le secciona el brazo izquierdo; pero esto no era suficiente para amilanar a tamaño gigante del heroísmo, eso no podía quebrantar la moral del valiente castellano, quien sin el menor titubeo y con asombrosa serenidad, toma el brazo amputado con su otra mano y mostrándoselo a sus hombres en lo alto, lo enarbola cual bandera de victoria, y diciéndoles: «¡Animo..., esto no es nada, muchachos...!», prosigue la defensa, dando gritos de «¡Viva España...!» y «¡Adelante San Marcial...!», sin moverse de su puesto, que él consideraba difícil de sustituir en tan grave momento. Al ver sus soldados gesto tan heroico y animados por el pequeño jefe, lucharon envalentonados por tan sin igual ejemplo, con lo que se consiguió que el enemigo no abriera brecha en aquel sector, cuya presa apetecía.

Mas el héroe se desangra y los soldados, temiendo por su vida, tratan de evacuarle a un puesto de socorro, lo que Anfiloquio no consiente por creerse imprescindible en la posición; pero al ver que ya no queda otro remedio (por sus exiguas fuerzas), lo hace sin consentir que nadie le acompañe para no restar fuerzas a la defensa de aquella posición que él había regado con su sangre generosa.

En su caminar a la retaguardia, el héroe va preocupado por la posición de sus muchachos, y a cuantos encuentra en el camino no hace otra cosa que exhortarles a seguir luchando porque los rojos no mancillen tanpreciado suelo.

El «Tebib Arrumi» (cronista oficial de la Campaña) lo exaltó en una de sus crónicas, por lo que muchas madres al oírlo se sintieron orgullosas de que aun en nuestra raza hubiera héroes legendarios de epopeya; los hombres sintieron envidia de tan inusitado valor, y la Patria, generosa, le otorgó al preclaro hijo la Cruz Laureada de San Fernando por Orden de 5 de junio de 1938 («B. O. del Estado» núm. 591).

* * *

Yo quise tratar al héroe de cerca para traerlo a tus páginas, lector amigo, y un buen día lo visité en la Dirección General de Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria, donde presta sus servicios como Bri-

gada de Infantería, y mira por donde lo encontré ejerciendo el cargo de enlace que yo tuve en otra época. Presentado por mis antiguos compañeros de destino, he pasado un rato de amena charla con Anfiloquio, durante el cual he admirado sobre el ojal de su solapa la preciada recompensa, y entre el degustar de unos «chatejos» en el bar vecino he conseguido para todos los compañeros de FORMACION la fotografía que publicamos unida a un abrazo que éste nos envía. Mas como la curiosidad siempre es propia en el reportero, me he atrevido a hacerle unas preguntas, que quiero sacar a la luz para que le conozcas mejor, amigo lector.

— Dime, Anfiloquio, ¿por qué se te ocurrió levantar el brazo amputado...?

— Pues hombre..., casi no lo sé; yo creí que era el mejor modo de quitar importancia a la cosa, para animar a mis muchachos, que ya estaban cansados de aguantar tanta metralla...

— Oye, ¿y no te preocupaba la pérdida de tanta sangre...?

— Pues ¡no! Lo que más me preocupaba era la pérdida de la posición, que para mí era más sagrado que nada de este mundo, y con lo que caía allí de metralla, temía que nos aniquilaran...

— Supongo también que te preocuparía mucho el sufrimiento de tu madre, ¿verdad? ¿Qué impresión recibiste al verla, ya amputado?

— Inmensa: mi pobre madre me creía muerto...; cuando tuve la primera oportunidad, salí del hospital de Marquina y fui a verla al pueblo... Hablar de aquellas lágrimas...; aquellos besos..., no los volveré a sentir en mi vida como no sea por el amor de mis hijos...

— ¿Orgulloso de haber dado un brazo a la Patria?

— Orgullosísimo; yo sirvo a mi Patria en el sacrificio y en el servicio para el que se me designe; sabes que soy Mutilado Permanente y podría estar en mi casa con todo el sueldo, pero comprendo que la Patria ayer me necesitó en el Bizcargui y hoy aquí; y aquí estoy en un destino que tú anteriormente desempeñaste...

— ¿Quieres algo para los compañeros de los tres Ejércitos que leen nuestra Revista?

— Un abrazo muy fuerte y que aquí me tienen.

Con esto dimos por terminada nuestra pequeña interviú con este compañero modelo de soldados. Salimos del bar donde habíamos charlado acompañados por otros Suboficiales de la Dirección de Mutilados y hacia aquella Dirección nos dirigíamos. Yo iba cogido a aquella manga vacía del compañero Anfiloquio y según íbamos caminando me dió por pensar: «Este brazo que aquí falta... recibió ya cristiana sepultura por haberlo perdido en una Cruzada de Fe y, por tanto, tiene ya una parte de él en el Cielo, y además Dios le otorgó un premio de Gloria, porque con el resto del cuerpo podrá o no tener pecado, pero aquel brazo santificado no podrá pecar jamás.»